

PARIS EN DIA DE FIESTA

(14 de Julio)

Voy a intentar escribirte en medio de una muchedumbre saltarina y reidora que todo lo invade y domina con su ventura desbordante. Estoy cansado pero no satisfecho de palpar entre esta espuma humana que hierve desde la Concordia y los grandes boulevares, hasta este rincón dilecto que esconde las modelos más lindas de Montparnasse.

Aquí se comprende que la alegría es hija de la libertad. Sólo en un París efectivamente libre, libre sin hipocresías sociales ni dictaduras gubernativas, como la Francia, puede volar por todas partes, con sus alas desplegadas, la sana felicidad.

En este día de fiesta todo París está en la calle, descansando y sonriendo.

Aquí el regocijo se expresa en los semblantes risueños, en las bocas que cantan, en las miradas coquetas, en los gestos donairosos sin necesidad de excitantes artificiales.

...Los espléndidos jardines del Campo de Marte, desde el Trocadero hasta la Escuela Militar; las románticas alamedas de Luxemburgo, donde Verlaine immortalizara su pobreza, su tristeza y su genio; los primorosos prados floridos de las Tullerías, el melancólico y aristocrático Parque Monceau, que preside la figura conquistadora de Guy de Maupassant; y los majestuosos Campos Elíseos; todo lo que es verdor, flor, sombra, agua y perfume está invadido por el reino infantil.

En este día glorioso para la democracia dos soberanos reinan: nuestra Señora la Felicidad y su Majestad el Niño a quienes todos agasajan y respetan como el símbolo sagrado de un horizonte mejor.

¿Respeto a los niños?

Sí, porque los niños son hombres como nosotros, o mejores que nosotros; porque nacieron cuando la vida hubo avanzado los años que nos llevan por delante en el progreso humano.

Su Majestad el niño reina en Francia; es el amo, el tirano del hogar y de la rúa; la razón y el encanto de la vida; la vida misma que surge del nido para batir sus alas. Es la propia sangre que retoña, el mismo nombre que se repite; es el amor que palpita y que revive; es la raza que se afianza y que perdura; es la patria que se ensancha y se renueva; es la humanidad creadora que avanza y que triunfa.

La dicha impera hoy por todos los barrios de París. Los parisienses tienen la felicidad fácil: cuando hay que gozar esconden sus malaventuras en el último rincón del almario y hacen honor a la vida viviéndola alegremente aunque sea de paso. Con lo que además hacen obra gentil porque contagian a quien los mira y los oye.

Por eso París es milagroso, porque a los melancólicos, con gotas de optimismo les transforma su melancolía en apacible venturanza; y a los tristes les arranca su doliente mal con los mágicos dones de su vida multiforme donde todos los gustos tienen abrevaderos, todas las curiosidades, satisfacción; todas las creencias, templos; todos los valores termómetro justiciero y todos los nobles ideales, respeto y aliento.

En los días de fiesta donde más se desborda la alegría parisense, es en los cafés, sobre todo en los de Montparnasse y de Montmartre.

Los cafés de París parece que enseñaran los dientes, luciendo sus mesitas blancas en las terrazas luminosas y su cristalería brilladora en los coquetos anaqueles de sus "bars".

En Montparnasse los cafés clásicos de los artistas, "La Rotonde", el "Duuom", "Select" y la flamante y magnífica "Coupole" están plenos. La corriente vital se desparrama en las aceras y desborda hasta media calle.

De la esquina de los boulevares Raspail y Montparnasse hasta doscientos metros en dirección del Observatorio, diez orquestas tocan sin cesar. Y en la aristocrática pérgola de la Coupole, una banda de vestimenta roja, desprendida de un castillo ducal, toca

cada cinco minutos los sones típicos de cacerías que tienen el sabor de los montes pirenaicos.

En Montmartre, de la Place Clichy al Moulin Rouge donde es hada *legendaria* Mistinguette, no se puede circular sino a pasitos. Los taxis chillan y se esperan mientras París ríe y pasa entre la donosa silueta de una midenette y el monóculo petulante de un viejo verde.

Allá arriba de la colina pecadora y artística, la Basílica del Sacre Coeur, luce al sol radioso su frente blanca y cobija en su ambiente purificador a los peregrinos del placer que allí sienten lavar sus cuerpos con las miradas del Nazareno o la limosna ocasional y alardosa que recogen los lisiados de la vida con su rezo monorítmico y maquinal.

Desde el balcón soberbio del aupado templo del Sagrado Corazón se contempla todo París...

París, 1928. (Fragmento)